



La sonrisa vertical

*Colección de Crítica dirigida
por Luis G. Berlanga*

Feliz cumpleaños...
erótico

Albert Andreu Eduardo Mendicutti
 Juan Bonilla Clara Navales
 Abilio Estévez Sergio Olguín
Brenda Lozano Antonio Orejudo
 Carlos Marzal Rafael Reig
 Elena Medel

Edición de Ana Estevan

TUSQUETS
EDITORES

Índice

- P. 9 *Junto a la piscina*, Elena Medel
 23 *Míralo en Google*, Eduardo Mendicutti
 45 *Nunca es fácil acertar con los regalos*,
 Carlos Marzal
 77 *Bon anniversaire, mon cher*, Albert Andreu
 103 *Correspondencia*, Brenda Lozano
 111 *Cold*, Antonio Orejudo
 131 *Mentiras piadosas*, Rafael Reig
 149 *Fernando y Fernando José*, Abilio Estévez
 171 *Dos cumpleaños y un funeral*, Sergio Olguín
 199 *Por el camino del río*, Clara Navales
 213 *Real Dolly*, Juan Bonilla
- 243 Los autores

Yo creo que las muchachas bonitas deben divertirse.

Katherine Mansfield

Se les llama emparedados: lo aclara Estrella al tirar la corteza a la basura. Esta mañana ha comprado pan de molde, huevos para la mayonesa; también ha exprimido un limón, añadido aceite y una pizca de sal, y ha batido la mezcla que se extiende –una punta de cuchillo, sólo, para que el resultado no empache y supere, jugoso, el paso de las horas– por una de las caras. Luego ha abierto y escurrido varias latas de atún, se ha librado del aceite, desagüe abajo; ha extendido la conserva sobre una rebanada con una cucharilla de café, y lo ha cerrado con otra. El mismo cuchillo de la mayonesa lo utiliza para dividir el emparedado en dos triángulos: se arrepiente de no haberlo enjuagado –un toque de gula y saliva, nada más–, y se consuela pensando en las grietas de las yemas de sus dedos tras frotar la vajilla, su fuerza y el estropajo, adiós a los virus que custodian a la niña. Igual que la receta, el toque final lo heredó de su madre, y de su abuela, y de las otras mujeres llamadas Estrella o Julia que les antecedieron: coloca un trapo húmedo sobre el que deposita los emparedados

uno a uno, con mimo, y tapa la miga con otra camiseta vieja, limpia y rota; una de fútbol de Manuel, todavía las últimas letras de su nombre pese a los lavados. Y guarda la fuente en la nevera hasta la tarde, cuando Julita y ella crucen la avenida para obsequiar a los niños de la piscina con el sabor de las Montero.

Julita y ella, tras corregirla mientras impedía que rebañase el vaso de la batidora, cruzan la avenida: se les llama emparedados y no sándwiches, porque un sándwich lleva jamón y lleva queso, luego su contenido lo bautiza de manera distinta. Julita se pinta las uñas de rosa y ya guarda la ropa sucia en el cesto sin que nadie deba recordárselo, así que lo justo es que llame a las cosas por su nombre. Abandonan el bloque de pisos sin patio interior y se zambullen en el edificio de enfrente, en el jardincito al que se accede nada más olvidar el vestíbulo, en la piscinita con madres y sin socorrista. Las familias del barrio se dividen en niños morenos todo el año y niños que no saben nadar; en el término medio bracea Julita, que es niña de asfalto con amigos de jardín, y aprovecha que Jonathan se sienta junto a ella en clase, y cada tarde cruza la avenida para cambiar de mundo.

–Pero qué tonta, mujer –agradece la madre de Jonathan–. No hacía falta, he encargado en la pastelería que me lo apañasen todo, la tarta y los bocatas... Yo es que la cocina ni la he estrenado, año y medio aquí y un poquito de microondas como mucho.

Hoy Jonathan cumple años, y hoy Estrella de una

mano agarra a Julita –su regalo en la bolsa– y de la otra ofrece un paño mojado y una pila de bimbo y mayonesa y atún. Estrella improvisa meriendas infantiles y cenas para adultos –una ensalada de col lombarda con naranja, un pastel de cuatro tortillas diferentes–, hornea ella misma el panettone navideño, y rebaja el tono o la sequedad de una barra de labios que le regalaron y no le convence. Por eso ha pensado en la madre de Jonathan, por eso untó durante toda la mañana emparedados para unos niños a los que no conoce, y por eso cruza también ella la avenida –bikini bajo el vestido de tirantes– fuente y Julita de la mano.

La madre de Jonathan zaranda las manos al hablar; mientras, Estrella piensa en las tres sortijas que reposan en la jabonera de su cuarto de baño, allá lejos, en la acera de las pieles blanquísimas, para evitar que el sol le produzca burbujitas en la piel o los extravíe al sumergirse en la piscina. Anillos, no lo piensa Estrella, iguales que las páginas del diccionario: una significa doce meses de noviazgo, otra su matrimonio, la más nueva el nacimiento de Julita. Silvia luce uno en cada dedo, se ha pintado de naranja las uñas cortísimas, Estrella se pregunta cómo la oscuridad de sus brazos y su cara. Piensa en horas

al sol y añade zanahorias en el desayuno, antepasados en un lejano sistema galáctico. Desde la hamaca de plástico blanco Silvia grita a su hijo cada vez que se asoma un nuevo invitado: no lo recibe, sino que tinteña la plata en sus muñecas, de su cuello pende una cinta estampada de leopardo, de ella cuelga un teléfono móvil, las manos de Silvia y sus anillos y pulseiras contra él. Calcula Estrella que a ambas las separan no menos de diez años, en edad y manejo del horno y la vitrocerámica.

–Madrugar, atenderles, qué tortura. Dibujar las invitaciones para hoy, bueno, comprar la cartulina. Buscarle los regalos...

–No lo sé, a mí me gusta. Quisiera tener alguno más pronto, para que Julita no sea muy mayor cuando nazca.

–¿Cuántos tiene la tuya?

–Siete, como el tuyo. Van a la misma clase.

–No les hago mucho caso. Vienen y se bañan y yo la mitad de los días no bajo o me quedo aquí dormida. Ya son mayorcitos, ¿no?

Silvia ha organizado una fiesta de cumpleaños sin globos ni juegos: una tarta con descuido al sol, una bandeja en la que apenas resisten un par de chapatas. Los niños beben a morro de una botella de agua, y Estrella no distingue platos de plástico ni tenedorcitos para la merienda. Bajo la hamaca libre guarece la fuente de emparedados; para que las franjas de plástico no le dejen marca en las piernas extiende la

toalla azul, a sus pies dobla la toalla rosa de su hija. Se quita el vestido, y se tumba junto a Silvia.

Y Silvia fuma. Estrella observa el humo de sus dedos y el ruido de sus manos, la facilidad con la que enciende un cigarro y lo olvida en la boca y lo rescata cuando la ceniza ya se tuerce y derrama sobre el vientre, y le ensucia de las costillas a la braga, y lo apura hasta encender otro, y olvidársele de nuevo, y moverlo a la vez que le pregunta algo o consulta la hora en el teléfono, y devolverlo a sus labios, a un lado, en un descuido, y no saber que está ahí, y sentirlo al mancharse el vientre y derramársele de las costillas a la braga. Silvia fuma y zaranda las manos, le ofrece una calada, Estrella responde que no porque ni en su adolescencia probó el tabaco, y además los niños tan cerca, en la piscina, y además los emparedados bajo ella, unas veces a la altura del cigarro, otras a salvo de la mano de Silvia. Estrella la observa de reojo, luego recostada en la hamaca y fijándose en el vello moreno que se adivina en torno al ombligo, descendiendo, fijándose en el pecho generoso y caído, y la imagina caminando por casa descalza, sin sujetador, anillos y pulseras y el mechero en una mano y en la otra el paquete de tabaco. Estrella repara también en sus labios finos, en sus dientes caros, en sus cejas pobladas y los tres o cuatro pelos entre una y otra, que Silvia no se molesta en depilar. La mujer abre los ojos, gira la cabeza.